

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUEBLICA LOS DOMINGOS

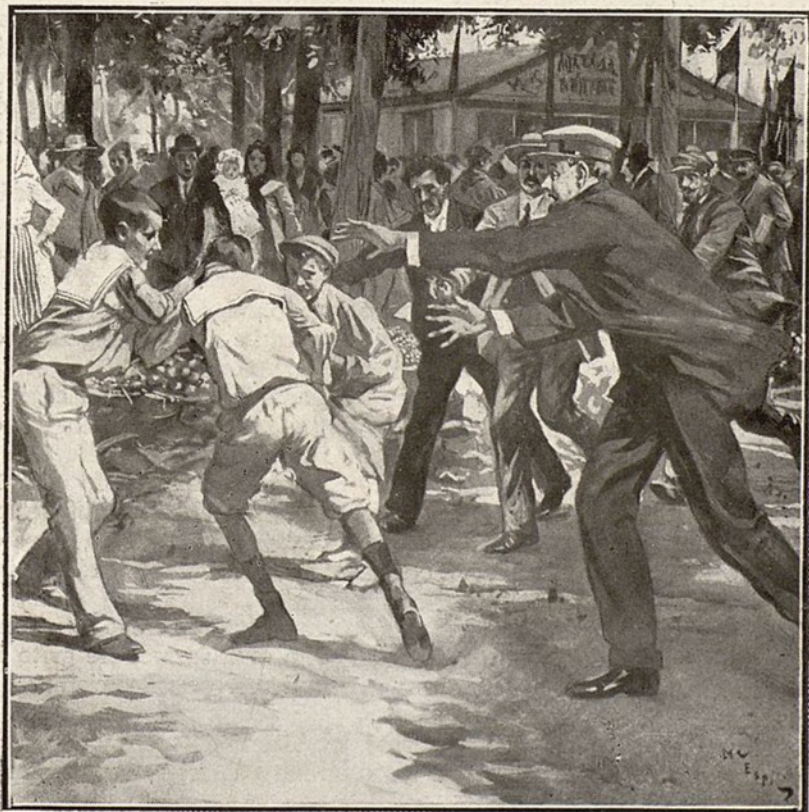


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

NO IV

MADRID, 21 DE NOVIEMBRE DE 1909

NÚMERO 99



## EL GORRO DEL CLOWN

### CONCLUSION

—¡Avanti, siñogues, avanti!—decía esforzando la voz y fingiendo acento extranjero, sin duda porque el público papanatas se entusiasma mejor y más pronto cuando le hablan en griego.—¡Pasen y vegán de cómo la ilustre miss Galantine, le plus forte atracción del mundo, come y bebe á un tiempo con los sus dos boques, miga con sus cuatro ocos

Ayuntamiento de Madrid

e se sona las sus dos naguises magavillosamente... ¡ Siñogues, avanti...!  
¡ Va á dag prinsipio la funsión mónstruo...! ¡ Espetaculo sin igual...!  
¡ Animagse! ¡ Por el pin corto integué de ocho cuartos la entraga...!  
¡ Niños y militagues á la mitá de presio...! ¡ Avanti, siñogues, avanti...!

Aquí un furor trémulo en el bombo, y Fresneda que, sacando del bolsillo una azufaifa, se la tira al gorro del *clown*, con gran regocijo nuestro, porque el muchacho, al sentir el choque, puso en su cara de yeso un gestecillo cómico de espanto.

Nuestras risotadas y la cara del *clown* animaron á Fresneda á continuar el juego, y mientras el infeliz voceador de maravillas proseguía en su pintoresco recitado, Fresneda iba agotando las azufaifas, proyectándolas, sin gran fortuna, sobre el muchacho del barracón que, de vez en vez, sentíase más inquieto y mosqueado, dirigiendo miradas inquisitoriales é iracundas á la multitud que le escuchaba.

Cuando ya no le quedaba ni una azufaifa en el bolsillo, Fresneda, que era terco y quería á todo trance, para satisfacer su amor propio lastimado, "hacer blanco" en el cucurucho, recogió del suelo unas cuantas piedrecitas.

—También vegán ostedes, siñogues, dans lo misme sesión, le hombre togtugue, fenomeno nunca visto, que ha causado la admigación de tutes les publiques de Eugope, Ameguique, Asie, Afrique...

Y el pobrecillo *clown* no acabó en "Oceanie"—según su cháchara— porque una de las piedras arrojadas por nuestro cofrade, en vez de acertar en el blanco del gorro, acertó, por desdicha, en mitad de la frente de su dueño, el cual, lanzando un ¡ay! de dolor y de espanto, dejó caer su cuerpo como una masa inerte contra el bombo. Al recibir tal empuje, cayó la sonora caja sobre el tablado, produciendo un ruido fragoroso, como si el barracón estallase; el *clown* quedó tendido cuan largo era sobre el pavimento.

Al presenciar tan inusitada escena, la muchedumbre creyo que el muchacho había caído muerto y sonó un grito multiforme, ese grito indescriptible que á coro lanza una multitud aterrorizada, clamor que parece el aullar de cien lobos.

Nosotros, ¡ pobrecitos de nosotros!, temblando de susto y de miedo, nos quedamos un instante con los ojos muy abiertos, contemplando tamaña desdicha.

El instinto de conservación nos hizo volver á la realidad. Era preciso poner pies en polvorosa, huir del lugar de la catástrofe. Creíamos todos que el *clown* había muerto. Y cruzó lúgubre, por nuestras cabezas infantiles, enloquecidas de espanto, la visión de unos guardias civiles que nos conducían, atados codo con codo, al *Saladero*, que así se llamaba la cárcel... ¡ Horror de horrores...! Con lágrimas en los ojos, pensábamos en el castigo tremebundo que recibíamos por haber faltado á nuestro deber de asistir al colegio, y nos reprochábamos, ¡ tardíos arrepentimientos y reproche!, nuestra estúpida complacencia con Fresneda.

Claro que él era el causante de todo, pero nosotros éramos sus cómplices, unos desalmados que nos regocijábamos con su fechoría de tirarle azufre y piedras al *clown*. ¿Qué nos había hecho á nosotros el pobrecillo para apedrearle...?

Nuestra gracia de salvajes le había ocasionado la muerte. Porque, para nosotros, el asunto había terminado de manera tan trágica y desolante.

El autor material del hecho, y nosotros, los cómplices, aprovechando el rebullicio grande que se produjo entre el público, logramos, á fuerza de codazos y de empujones, salir del círculo viviente que nos rodeaba, y ya libres, echamos á correr como gamos que se vieran acosados por una jauría.

Tan desalentado correr nos perdió.

No sabemos quien dió la voz de "¡á esos!", pero lo cierto y verdad es que, al volver la cara, lanzamos los cuatro un grito de suprema angustia al ver que nos perseguían un centenar de hombres, chicos y mujeres, voceando:

—¡A esos! ¡A esos...!

No pudimos correr más; nos temblaban las piernas como á unos azogados.

Fresneda, llorando á lágrima viva, cayó de rodillas, y tendiendo hacia nuestros perseguidores sus manos suplicantes y temblorosas, murmuró acongojado:

—¡Perdón, señores, perdón...!

D. LARRU.





## LA PRINCESITA

CONTINUACION

- este asunto. Cuéntame toda la verdad, por grave que sea. Ya sabes que yo no perdono las mentiras.
- EST. ¿Quiere Vuestra Alteza que diga la verdad?
- PRIN. Sí, toda.
- PREC. *(En la puerta.)* ¿Da Vuestra Alteza su permiso?
- PRIN. Adelante, mi querido preceptor. ¿Qué tal está mi viejecito?
- PREC. Encantado, señora, del cariño con que se interesa por mi salud, que no es muy buena, por desgracia.
- PRIN. ¿Qué os ha mandado el doctor?
- PREC. Que no viva.
- PRIN. ¿Cómo?
- PREC. Que no coja un libro; que no escriba una letra; que no piense; que no estudie. Ya veis: que no viva.
- PRIN. En parte no le falta razón, porque trabajáis demasiado. ¿Qué falta os hace estudiar tanto siendo tan sabio?
- PREC. ¡Sabio! ¡Pobre de mí! Sólo sé que no sé nada, como dijo el filósofo. Nunca se acaba de aprender en la vida.
- PRIN. Con esa manera de pensar me cuesta muchísimo trabajo decirnos una cosa.
- PREC. ¿Cuál, señora?
- PRIN. Perdonadme: que hoy no tengo ni pizca de gana de dar lección.
- PREC. Perfectamente. Por un día de reposo no se pierde nada. Mañana tendrá Vuestra Alteza esa gana que hoy le falta y con su talento adelantará fácilmente lo perdido.
- PRIN. ¡Siempre tan cariñoso y tan bueno!
- PREC. Lo siento solamente porque el tema de mi lección de hoy era muy bonito y esperaba yo que había de agradar á Vuestra Alteza.
- PRIN. ¿Cuál era ese tema tan precioso?

PREC. La caridad valiente  
 PRIN. ¿Valiente?  
 PREC. La llamo yo así para diferenciarla de esa otra perezosa y cómoda que cree que lo ha hecho todo con dar al necesitado las migajas de sus festines.

PRIN. No os comprendo.  
 PREC. Otro día lo estudiaremos; cuando Vuestra Alteza tenga ganas de estudiar.

PRIN. Citadme un caso de caridad cómoda.  
 PREC. Figúrese Vuestra Alteza que tiene dada una cantidad á su limosnero para que los pobres sean socorridos.

PRIN. Así es en efecto.  
 PREC. Pues juzgue Vuestra Alteza por sí misma del trabajo que la cuesta hacer esa caridad. Ni Vuestra Alteza tiene que buscar á los pobres, ni ha de sufrir oyendo sus penas, ni se tiene que molestar en socorrerlos.

PRIN. Pero se socorren con el dinero que yo doy.  
 PREC. Y muy bien dado. Lo cual prueba que Vuestra Alteza es caritativa, pero caritativa con comodidad.

PRIN. ¿Y eso es malo?  
 PREC. De ninguna manera; pero lo otro es mejor.

PRIN. Decidme un ejemplo de lo otro.  
 PREC. ¿Qué me place! Puedo referiros, por vía de ejemplo, una verídica historia.

PRIN. ¿Una historia?  
 PREC. Rigurosamente exacta y muy reciente.  
*(La princesita ocupa un sitial, y Estebanillo acerca un sillón en el que se sienta el preceptor; el paje continúa en pie.)*

PREC. En un reino, cuyo nombre no es preciso consignar, había un palacio situado en una eminencia á un extremo de la ciudad.

PRIN. ¿Como éste en que estamos?  
 PREC. En efecto; en una situación muy parecida. Pues bien, las cocinas del alcázar te-

nian salida á una calle de álamos del frondoso parque, y uno de los pinches, muchacho de unos nueve ó diez años, en cuanto sus ocupaciones se le permitían se salía al parque á oír cantar á los ruiseñores que abundaban por aquellas alamedas. Una vez, á la caída de la tarde, tanto se engolfó en su paseo, que se encontró sin darse cuenta junto á la tapia del parque, cuando de pronto oyó unos ayes muy lastimeros. Sintió curiosidad y trepó como pudo por las piedras salientes hasta asomarse por encima del almenado muro y vió sentada en el suelo á una niña de su edad, vestida con un traje de colorines y llena de lazos y perifollos, que lloraba amargamente. “Chiquilla, la gritó desde la tapia, ¿qué te ocurre?” “Que me he torcido un pie y no puedo andar.” “Descansa un poco y se te pasará. ¿Tanto te duele?” “No lloro por lo grande del dolor, sino porque tenía que llegar pronto á la ciudad y no puedo.” “¿Tanta prisa tienes? ¿Y á qué ibas, si se puede saber?” “A pedir una limosna para mi padre que está enfermo.” “¿Quién es tu padre?” “Martinillo el titiritero.” “El caso es que yo no tengo aquí nada que darte, la dijo el niño. Esperáme, que vuelvo á la cocina á ver si puedo ayudarte en algo.” Cuando el pobre pinche llegó, ya estaba cerrada la puerta que daba al parque, y por más que llamó no le oyeron, porque por aquella parte no suele haber nadie de noche. Triste, muy triste volvió el muchacho á la tapia á decir á la niña que nada podía hacer por ella. “¿Cómo voy á pasar aquí la noche”, exclamaba la  
*(Continuará.)*



RELATOS DE CAZA

## EN EL NILO AZUL

**M**ister Dudley y su criado negro ocuparon la canoa y se dispusieron á cruzar el ancho y majestuoso Nilo. Estaba amaneciendo y los primeros vislumbres de la aurora hacían que todos los objetos fueran surgiendo y como naciendo del seno de las sombras. Las aguas del río corrían sin precipitarse con manso rumor y en las dos orillas las palmeras, en pintorescos grupos, cabeceaban suavemente impelidas por la brisa. Cuando el inglés y su criado pisaron la orilla opuesta, ya los pajarillos, despertando, saludaban la cercana venida del sol. En el espacio mostráronse, hermosos y gallardos en su vuelo, los ibis sagrados.

—Alivíemos—dijo Mr. Dudley—porque van á llegar antes que nosotros...

Después de un rato de andar, acurrucáronse entre unas altas cañas, junto á un fangoso pantano. Cerca de ellos, croaban monótonas é incansables las ranas y comenzaban á saltar verdaderas legiones de langostas. Acariciaba el inglés su escopeta cuando los ibis, que se habían estado cerniendo majestuosamente en el espacio, abatieron su vuelo y se posaron no muy lejos de donde ellos se encontraban. Metidas las sonrosadas patas en el fango, buscaban á las infelices ranas hundiendo en el agua los corvos picos. Mr. Dudley apuntó al grupo cuidadosamente. disparó y:

—¡ Va uno!—dijo viendo caer al hermoso pájaro.

Acudió el negro á cogerlo y, para que volvieran sus espantados compañeros, lo levantó en la punta de una estaca cuando ya el sol, apareciendo en lo alto de una colina, pudo besar con sus primeros rayos el todavía palpitante cuerpo. Los demás ibis dejáronse engañar por el reclamo y volvieron, con lo cual el inglés pudo matar otros dos.

Ya satisfechos de su caza, dispusiéronse amo y criado á atravesar nuevamente el Nilo. Hermoso estaba el viejo río, padre de las leyendas egipcias. Sus ondas que, en lejana época, acariciaran los oídos de Cleopatra, la hermosa amada de Antonio, chocaban delicadamente contra los costados de la frágil embarcación deshaciéndose en ósculos de espuma, y los rayos del sol, al caer sobre su superficie, parecían poner aquí y allí, donde más se encrespaba el agua, líquidos flecos de plata. Encontraríanse ya junto á la otra orilla cuando vieron partir de ella un hervoroso remolino entre el cual mostrábase de vez en vez la terrible cabeza de un cocodrilo. A los pocos momentos, y sin que en



el escamoso cuerpo del monstruo hubieran hecho mella las balas, lanzóse sobre la canoa medio volcándola. El negro dió un grito y cayó al agua, y cuando Mr. Dudley alcanzó tierra nadando con angustias mortales, sólo vió el horrible grupo del maldito saurio y su víctima que, envuelto por la espuma, se iba alejando hacia la opuesta orilla...

JOSE A. LUENGO.



LA INVASION DE LOS BARBAROS. CUADRO DE LOUVET

El autor ha querido expresar en esta obra todo el horror de aquel suceso que cambió la faz del mundo. Y lo ha conseguido. Viendo el paso de esos hombres hoscos y terribles, que siembran su camino de

ruinas y de cadáveres, la impresión es, verdaderamente, de angustia y de dolor. Esta vez, como tantas otras, el arte, puesto al servicio de la historia, sirve para explicarnos con verdadera elocuencia una de sus páginas.



# FABULAS ESCOGIDAS

## EL ESPEJO Y EL AGUA

Disputaron el Agua y el Espejo  
y fué la riña del tenor siguiente:  
EL.—Yo, de genio duro, lo reflejo  
todo sin aprensión exactamente.  
ELLA.—Pues yo, con mi carácter blando,  
todo sin aprensión, exactamente.  
—El defecto menor, el más pequeño  
tizne que manche un rostro, yo lo enseño.  
—La mancha enseñarás, pero, amiguito,  
hago yo más que tú, pues yo la quito.  
*Enoja la desnuda reprimenda:  
dulce amonestación produce enmienda.*

## LA TOALLA

“¡Ay!—exclamó Isabel,—¡ay, qué toalla!  
Cuando me enjugo el rostro me lo ralla.”  
Su aya le dice: “Si la broza quita,  
perdona el refregón, Isabelita.”

## EL SANTERO

A cierta romería,  
sobre una dócil mula caballero  
iba en Andalucía  
un pícaro santero,  
que de cada espolazo  
al animal sacábale un pedazo;  
y mientras, cariñoso le decía:  
“¡Corra, qué su cachaza me atribula!  
¡Corra por caridad, hermana mula!”  
Faz de paloma, corazón de arpía,  
palabras de ángel y obras de demonio;  
tal es, sin levantarle testimonio,  
la pérfida, la vil hipocresía.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



## LAS BONDADES DE NINI

No crean ustedes que nos pusimos buenos en seguida. ¡quia! Estuvimos muchos días en la cama, sin comer ni nada. Las mamá más estaban muchos ratos con nosotros; y los papás y mis abuelitos también. Algunas veces vinieron las hermanas y hermanos casados de Piluca á ver á Enriquito, y de paso, á mí. ¡Ah! Porque Enrique se tuvo que quedar en mi casa, porque como tuvimos tanta calentura, no le pudieron sacar. Los hermanos y hermanas de Piluca tienen unos hijitos chiquititos, la mar de repreciosos, pero no hablan ni nada; ni andan, ni juegan, ni se puede uno divertir con ellos; total, que parecen muñequitos bonitos y nada más.

Pero la que estuvo en nuestra alcoba siempre, siempre, fué Piluca. ¡Cuidado que es buena esa chica! Porque Enriquito estaba muy chinche y muy fastidioso, ¡yo no! ¡quia! Aunque Piluca decía que sí, y los abuelos y papás también, pero no es cierto. ¡Yo soy la mar de buena y no doy guerra nunca! ¡Pero Enriquito! ¡Qué malo! Y Piluca, ¡qué trabajadora es! ¡Parece mentira! Además de cuidarnos y de aguantar á Enrique, se puso á hacer encaje inglés y cose que te cose, cose que te cose, lo menos hizo diez leguas de encaje inglés

—¿Para qué haces tantísimo encaje, Piluca?

—Pues mira; lo tengo hecho, y lo voy poniendo en juegos de cama, en mantelerías, en visillos, en stores, ¡qué sé yo! Es tan precioso el encaje de todos géneros, que en todas partes está bien.

—¡Sí, sí!—contesté;—es muy precioso y yo voy á hacer una barbaridad de encaje también; porque á mí no me ganas tú á nada.

—Eso es menester. Nini—dijo Piluca.—Que te empeñes en ser

mejor que yo y que todo el mundo. Buena falta hace, porque la verdad es, Nini, que eres bastante mediana; que no te corriges mucho y que haces sufrir mucho á tu pobrecita mamá.

—¿Sí? Bueno; pues yo haré muchas... muchas... muchas leguas de encaje en cuanto me ponga buena, para que maná se contente.

—Muy bien pensado—me dijo Piluca.—Siquiera, mientras hagas encaje no harás travesuras.

—Oye, Piluca: ¿me vais á hacer algún dulce?

—Pues mira; como te ha quedado la tripita así, así, después del atracón, y á Enriquito también, ha dicho D. Manuel que desde mañana, que empezarás á comer un poco, hasta que él avise, sólo comáis de postre carne de membrillo.

—¡Qué rica! ¿Y nos la harás? ¿Sabes hacerla? ¿Cómo la haces?

—Pues mira—explicó Piluca.—Se escogen membrillos muy maduros y amarillos y se pasan para calentar después el almíbar, que deberá estar en la proporción de seis libras de fruta por cinco de azúcar; se mondan los membrillos y se echan con suficiente cantidad de agua en un calderito, que deberá estar en el fuego para que los membrillos no se pongan negros, y se van echando en cachillos, según se van mondando, en agua caliente, teniendo cuidado que no cese el hervor desde que empieza, para que estén bien amarillos y agradables á la vista. Si el agua no les cubre bien se añade bien caliente y hervida, jamás fría; así que los cachillos estén bien cocidos y blandos, pero aún enteros, se sacan con un espumador y se extienden sobre un mantel bien limpio, y ya fríos, se majan bien en un mortero de mármol; se hace un almíbar espeso de medio cuartillo de agua por una libra de azúcar, y bien clarificado, se pone al fuego y se revuelve hasta que tome la consistencia de conserva; ésta se echa, también en caliente, en vasos, tarros ó cajitas de hoja de lata, pasados cuatro días.

M.<sup>a</sup> ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.





ESPAÑOLES ILUSTRES

## RAMON DE CAMPOAMOR

Este famoso poeta y filósofo, cuyas obras han alcanzado merecida popularidad, nació en la villa de Navia (Asturias) el 24 de Septiembre de 1817. Sus padres, que eran nobles y acaudalados, quisieron darle una educación conforme á su categoría, para lo cual, después de los primeros estudios, enviáronle á Santiago, en cuya Universidad estudió Filosofía. Poco después se trasladó á Madrid, donde

Ayuntamiento de Madrid

empezó la carrera de Medicina, que abandonó luego para dedicarse por completo á la literatura.

Bien pronto se dió á conocer como poeta publicando muy sentidas composiciones y con sus lecturas en el Liceo Artístico y Literario, y también como polemista con escritos que llamaron la atención pública. Por entonces también empezó á escribir sus *Doloras*, género nuevo en la poesía castellana que lleva su sello personal inconfundible.

Ya entregado á las luchas políticas, más por compromisos particulares que por afición, desempeñó algunos cargos, entre ellos el de jefe político de la provincia de Castellón, donde dejó muy buenos recuerdos. Defensor de la monarquía de doña Isabel II, se afilió al partido de la restauración, y al ocupar el trono D. Alfonso XII, fué diputado á Cortes, director de Beneficencia y consejero de Estado.

Pero su verdadera gloria es la de poeta y como uno de los más grandes se conservará su nombre en la Historia. Difícilmente habrá un español que no conozca sus obras y que no se sepa de memoria algunos de sus versos, pues como decía un ilustre crítico, en España todos los sentimientos del alma se expresan con frases de Campoamor.

Y es porque, apartándose de modas y de escuelas literarias, supo cantar todos los afectos del corazón, así tristes como alegres, con una melancolía un poco burlesca; es decir, como los vemos en el mundo.

Las *Doloras*, *Los pequeños poemas* y las *Humoradas* vivirán mientras exista el idioma castellano. Tampoco se olvidaran sus *Fábulas*, género al que dió cierta variedad, saliéndose del camino trillado por los anteriores cultivadores.

De él dijo un afamado escritor:

“Es Campoamor un poeta tan complejo, hay tal riqueza y variedad de elementos en sus obras, acaso también tales contradicciones, que á primera vista pueden considerarle suyo los que adoran distintos ideales. Quizá en esas mismas contradicciones esté su carácter distintivo, porque ellas le hacen intérprete de los sentimientos y las ideas del tiempo en que ha vivido.”

Y un gran novelista le juzga de este modo:

“Idealista y práctico á la vez, ligero y profundo, entusiasta y socarrón, mezcla de candor y de malicia, de ternura y escepticismo, Campoamor ha sido un ser rico en oposición interior, fecundo y completo, por lo tanto. Ha realizado, de modo sorprendente, con su naturaleza lo que Heráclito denominaba *la armonía de los contrarios*.”

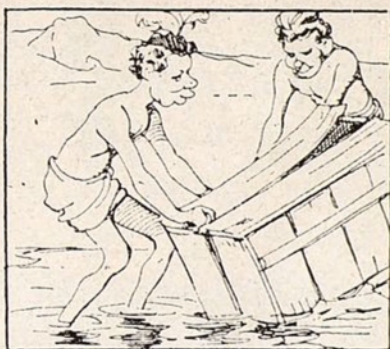
D. Ramón de Campoamor murió en Madrid el 13 de Febrero de 1901, querido y admirado de todos.

\*\*\*

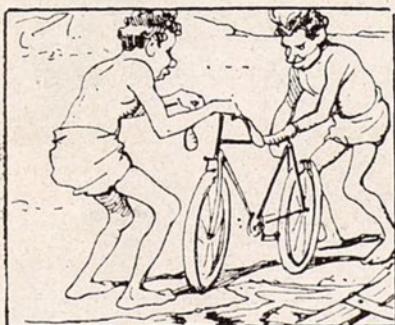
## NARRACION INDIA



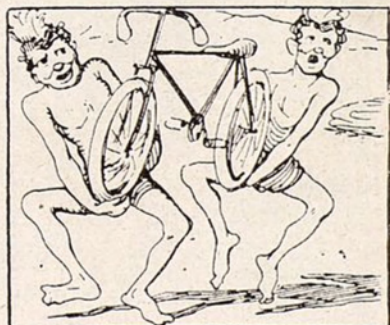
Un día unos salvajes ven flotar sobre las olas un gran cajón de madera.



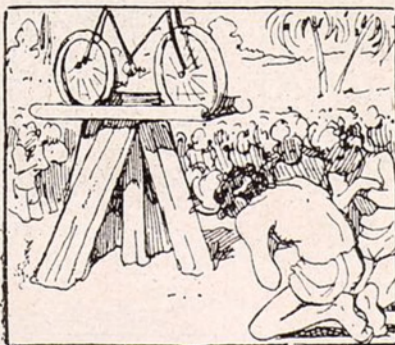
Y como el mar le empujase hacia la orilla, se apoderaron fácilmente de él.



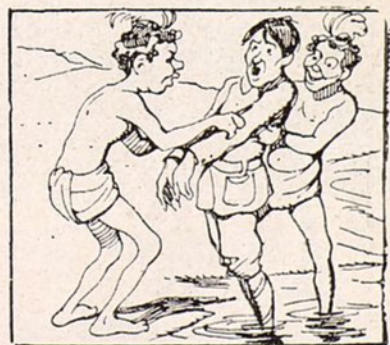
Rompen la caja y ven con asombro que encierra un objeto extraño y muy brillante.



Suponen que es un obsequio de los dioses y lo llevan en triunfo para adorarlo.



Construyen un pedestal y ante él van á hacer sus oraciones al declinar la tarde.



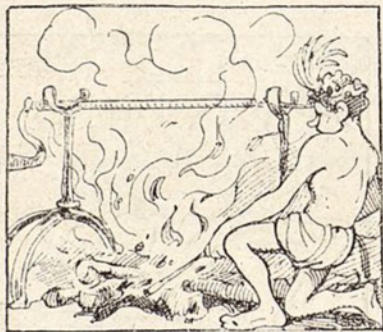
A los pocos días el mar arroja en aquella playa un náufrago europeo.



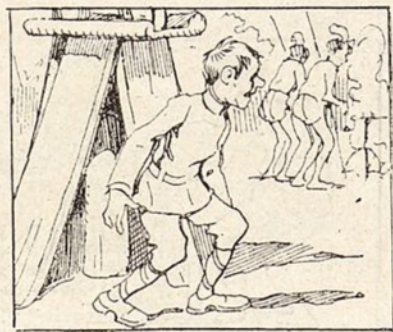
Que se llevan, juzgándolo obsequio de los dioses; pero no para adorarlo, sino para comérselo.



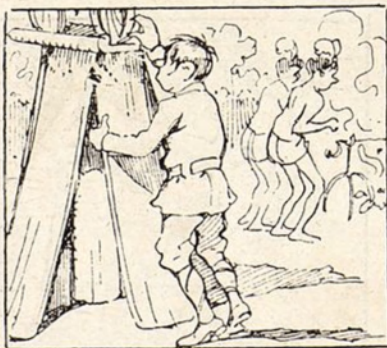
Le colocan á los pies del idolo sagrado para ofrecerle el apetitoso sacrificio.



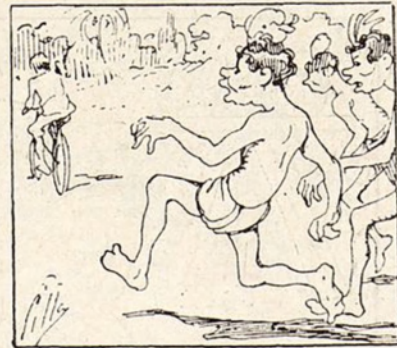
Y preparan la hoguera y asador donde ha de ser guisado en succulento extranjero.



Observando que estaban distraídos y entusiasmados mirando los preparativos.



Coge el brillante aparato procurando no ser visto de sus guardianes.



Y sale á escape, viendo ellos con horror que se les iba el almuerzo montado sobre el idolo.